

APORTE DE ODORICO DE PORDENONE AL CONOCIMIENTO DE ASIA

Por Walter Gardini

El siglo que va de 1250 a 1350 es fundamental por el caudal de nuevos conocimientos sobre Asia que se propagaron en Europa. La imagen que se tenía, antes, sobre las regiones más lejanas de este continente eran imprecisas y mezcladas con muchas leyendas. En estos años los mogoles logran crear, por primera vez, una cierta unidad política y cultural, del mar de China al Adriático, de Rusia al golfo Pérsico. Exploradores, misioneros y mercaderes aprovecharon esta oportunidad para avanzar hacia el interior de Asia en una de las hazañas más interesantes desde el punto de vista cultural, religioso y comercial.

Nadie de ellos era escritor de profesión, o científico o geógrafo, pero todos eran curiosos observadores de lo que veían y algunos, desafortunadamente pocos, dictaron o escribieron sus memorias. El más conocido y afortunado cronista de estos viajes fue sin duda Marco Polo. Su *Descripción del mundo*, mejor conocida como *Il Milione*, fue precedida por la *Historia de los Mogoles*, del franciscano Juan de Pian del Cárpine, el primer europeo que llegó a la corte de los tátaros, Karakorum, en el corazón de Mongolia (1245-46). Sus memorias, incluídas en el *Espejo del mundo* de Vicente de Beauvais, una de las obras encyclopédicas más importantes de la Edad Media, inauguran la exploración sistemática del continente asiático hecha con un nuevo estilo y a través de una documentación directa y auténtica¹.

¹ El "Espejo" fue redactado entre el 1256 y el 1259. Todas las relaciones, memorias y cartas de los misioneros franciscanos citados han sido publicadas en edición crítica con amplia bibliografía y comentarios por P. A. van den Wyngaert, *Sinica Franciscana: Itinera et Relaciones Fratrum minorum saec. XIII et XIV*. Vol. I, Quaracchi, 1929. Cfr. también, Chr. Dawson, *The Mongol Mission. Narratives and letters of the Franciscan missionaries in Mongolia and China*, London, 1955; A. C. Moule, *Christians in China before the years 1550*, London, 1930; G. Soranzo, *Il Papato, l'Europa cristiana e i Tartari: un secolo di penetrazione occidentale in Asia*, Milano, 1930; J. Richard, *La Papauté et les missions d'Orient au moyen-age*, París, 1977.

El *Itinerario* de Guillermo de Rubruck, otro franciscano que pasó ocho meses en el cuartel general de los mogoles, añadió nuevos detalles que aumentaron sustancialmente los conocimientos de Europa sobre aspectos históricos, culturales y religiosos no sólo de los tártaros sino también de los chinos y tibetanos. Fray Guillermo comunicó directamente sus informes a R. Bacon en París y éste los incluyó en su *Opus Maius*².

Siguen memorias y cartas de otros misioneros, en particular del primer obispo de Pekín, Juan de Montecorvino (1298-1328), pero la obra más leída de este período, después de la de Marco Polo, fue sin duda la *Relación* de Odorico de Pordenone. No tiene el rigor científico de las otras dos mencionadas pero abarca un horizonte más amplio y está redactada con estilo más inmediato³.

Odorico nació en el Friul (Italia del Norte), en Pordenone, o en el pueblito cercano de Villanova, probablemente en 1286. Ingresó, joven, en la orden de los franciscanos y se distinguió en seguida por su piedad, humildad y penitencia. Hacia 1315 o 1318 empezó un viaje que, a través de Armenia, Persia, la India, Ceylán, Sumatra, Java, Champa (Vietnam), lo llevó a China donde permaneció por lo menos tres años. En 1328 volvió a Europa para pedir que el Papa enviase 50 misioneros a China, pasando por el Shen-shi, el Tibet (probablemente), Kabul y Tabriz. Llegó en 1330 a Udine, cerca de su patria natal, gravemente enfermo, y pasó los últimos meses de su vida dictando sus memorias, por orden de su superior. Murió en enero de 1331. Más tarde, en 1775, la Curia Romana sancionó el culto popular de que Odorico era objeto confiriéndole el título de Beato.

Como aparece de este rápido resumen quedan todavía aspectos no totalmente esclarecidos en la vida de Odorico de Pordenone pero lo cierto es que pasó más de diez años (acaso 16)

² D. F. Lach, *Asia in the making of Europe*, vol. I, Chicago, 1971, p. 34-42.

³ Los investigadores que más seriamente han estudiado los escritos de Odorico de Pordenone han sido: H. Yule, *Cathay and the way thither*, London, 1866, 2 vols. segunda edición revisada por H. Cordier, Londres, 1919-1916, 4 vols.; H. Cordier, *Les voyages en Asie du bienheureux frère Odoric de Pordenone*, París, 1891; Giorgio Pullé, *Viaggi del B. Oderico da Pordenone*, Milano, 1931; A. C. Moule, *A life of Odoric of Pordenone*, T'oung Pao 1921; A. Giordani, *Odorico da Pordenone*, Portogruaro, 1930. Entre los muchos artículos: L. Muratori, *L'Opera di Odorico de Pordenone in Cina*, en *Mondo cinese*, nº 24, 1978, pp. 27-42.

⁴ Th. Asley, *A new general collection of voyages*, London, 1745-1747, vol. 4º, p. 620.

peregrinando por Asia y que su *Relación* encontró gran éxito y fue una de las más leídas a lo largo del siglo XIV como lo testimonia el número de manuscritos existentes: 133 (hay sólo 78 de *Il Milione* de Marco Polo) de los cuales 47 están en latín, 18 en italiano, 66 en francés y 2 en alemán.

Odorico no tenía la preparación cultural de un Juan de Pian del Cárpine o de Guillermo de Rubruck. Es más sencillo, espontáneo y, acaso, más ingenuo.

Dicta, no escribe; ha pasado un buen lapso de tiempo de los acontecimientos que describe; no conoce bien los idiomas de las distintas regiones donde viaja. Hay que añadir las variantes notables entre los manuscritos. Todo esto justifica una cierta actitud crítica frente a sus memorias pero no hay ningún motivo para calificarlas como “una novela de las más fantásticas”⁴. Los investigadores modernos después de un examen detenido y objetivo han reconocido que ellas son el eco sustancialmente fiel de “un viajero genuino y original”, de “un testigo ocular”, de “un visitador real”⁵. Costumbres extrañas, como el canibalismo y la comunidad de las mujeres en la isla de Sumatra, han sido confirmadas por exploradores posteriores. En muchos puntos hay una sustancial identidad con el relato de Marco Polo que el misionero franciscano ciertamente no conoció. Otros datos nuevos fueron reconocidos como verdaderos por los sinólogos. Por eso vuelve hoy con mayor confianza a esta *Relación* aun reconociendo, en algunos puntos, el reflejo de tradiciones populares de su tiempo⁶. Odorico no posee “ni el escepticismo del hombre de ciencia ni la experiencia del hombre mundano”⁷. Relata con sencillez advirtiendo que ha intentado investigar los hechos: “pedí noticias con sumo interés” (23,2); “pregunté con insistencia” (26,8). Remite a su experiencia: “Yo, Fray Odorico, viví por lo menos tres años en esta ciudad (Pekín) y muchas veces presencié estas fiestas” (26,8; 28,4). Afirma la verdad de lo que relata: “Acerca de estas cosas estoy seguro y no dudo en absoluto que sean como yo las refiero” (18,5). Al mismo tiempo está consciente del carácter extraordinario de lo que escribe: “Sería increíble si no lo hubiera visto con mis propios ojos” (30,2;

⁴ Yule-Cordier, *op. cit.*, vol. II, p. 26.

⁵ Lach *op. cit.*, p. 40.

⁷ Yule-Cordier, *op. cit.*, vol. II, p. 27.

1,1). Advierte también a menudo: "Hay otras muchas cosas novedosas acerca de las que no escribo, porque si alguien no las viera no podría creer" (18,5; cfr. 3,4; 4,1; 5,3; 7,1; 10,3; 12,5; 14,5...).

Es una lástima que esto haya pasado. Aún así la relación de Odorico es de sumo interés para la comprensión de Asia en la segunda y tercera década del siglo XIV.

ASIA POLITICA, ECONOMICA Y CULTURAL

Políticamente el continente se encontraba bajo el dominio de los tártaros⁸ divididos en cuatro *Khanatos*: de Cina, Persia, Turkestán y Rusia. Odorico reconoce que "los tártaros conquistaron casi todo el mundo" (35,4) y desde sus primeros pasos se encuentra con las devastaciones realizadas por ellos en Armenia (1,4), Persia (4,1), la India occidental (7,2). Visitando Java observa que "el khan del Catay guerreó a menudo con el rey de esta tierra y siempre fue vencido por él" (13,1).

No obstante estas acotaciones de carácter negativo, el misionero quedó subyugado por el esplendor del khan de China, Yesün Temür, el sexto de los emperadores mogoles de la dinastía Yuan. Describe con muchos detalles la grandiosidad de sus palacios en Khanbaliq y en la residencia de verano, la magnificencia de la corte, el refinamiento de las fiestas, con la participación de músicos, histriones y juglares, la atracción de las casas (capítulos 25, 29 y 30). "Sería increíble si no lo hubiera visto con mis propios ojos, referir la grandeza de este emperador y de todas las cosas que existen en su corte" (30,2).

La admiración se transfiere del emperador al país que el gobierna. De todas las regiones visitadas, China es la que dejó el impacto más fuerte: "Esta tierra es la mejor, mayor y más

⁸ Odorico usa siempre el término "tártaros" contrariamente a Juan de Pian del Cárpine, que emplea el más propio *tártaros*, una tribu de pastores de Mongolia vencida por Gengis Khan. El nombre pasó a los vencedores que pertenecían a la tribu "mangol", o "mongol" o "mohal". En los documentos oficiales europeos y en la literatura popular se divulgó el término *tártaros*, vagamente asociado al recuerdo de la tribu destruída y a los avernos clásicos, por los horrores que acompañaron las invasiones de Gengis Khan. Los primeros cronistas evitaron confundir a los tártaros con los mongoles. Juan de Pian del Cárpine prefiere el término *mongoles*. Marco Polo, como Odorico, ignoran aparentemente este problema y emplean constantemente la palabra "tártaros" (L. Olschki, *L'Asia di Marco Polo*, Venezia, 1978, p. 305). Sobre la historia de los mogoles: R. Grousset, *L'Empire des steppes*, París, 1939; J. J. Saunders, *La conquista mongólica*, Eudeba, Buenos Aires, 1973.

noble . . . que existe en el mundo" (23,8; 21,3).

Impresiona su dimensión geográfica: "Es tan extenso el imperio (del khan) que si alguien quisiera recorrer cualquier parte del mismo tendría mucho que ver, aunque viajara durante seis meses" (26,12).

La población está ajustada a estas dimensiones: "Es cosa casi increíble imaginar cuanta gente tiene (bajo su poder) este señor" (26,11; 23,2). Esta "gran cantidad de gente" (19,2) está repartida en muchas ciudades. Odorico cuenta 2000 sólo en la China meridional y describe detalladamente doce: *Cescal* (Canton), "por lo menos tres veces más grandes que Venecia" (20,1); *Zaitón* (Quemay) "como si fuera dos veces Bolonia" (21,1); *Camsai* (Hang-Chow) "con una circunferencia de por lo menos 100 millas" y "en que no hay un palmo de tierra que no esté habitada" (23,1); *Chilefo* (Nankín) con "no menos de trescientos sesenta puentes de piedra entre los más bellos que existían en todo el mundo" (24,1); *Iamsai* (Hang-Chung) "noble y grande" FUCO (Fu-Chan) "muy bella" (22,1); *Tocara*, no identificada, "una de la mejores y más bellas ciudades que existen en el mundo" (24,2); *Mensu* (Ning-Po) con "una flota mayor que cualquiera otra en el mundo" (25,4); *Sandu* (Shan-Tu) residencia de verano del khan (26,9); *Sucumato* (Toi-Nin-Chow) "que tiene mayor abundancia de seda que cualquier otra tierra del mundo" (25,6); *Cossan*, capital del reino del Preste Juan. *Khanbaliq* (Pekín) supera a todas y su esplendor se identifica con el del gran khan (26,29,30).

Para entender bien el asombro del viajero friulano frente a las ciudades chinas, hay que tener presente que ellas comprendían jardines, canales, amplios espacios verdes; estaban divididas simétricamente y eran muy distintas de muchas ciudades italianas del Trecento, con pequeñas casas arrimadas las unas a las otras, amontonadas alrededor de la catedral o del palacio de un feudatario, con calles estrechas y tortuosas, rodeadas de murallas para defenderse de los enemigos.

La imagen externa de China que Odorico nos presenta es imponente y grandiosa. Evidentemente ella es un reflejo y la expresión de muchos otros factores que la justifican.

En primer lugar la cantidad de bienes de consumo. "En esta región (el sur de China) se encuentra gran abundancia de pan, de vino, de carnes, de peces, de arroz y de todas aquellas virtuallas que los hombres usan en el mundo" (19,2). Otras veces el misio-

nero repite la misma observación especificando que hay "vino de arroz considerado bebida noble" (23,4), castañas, enebro, ruibarbo (32,2) y azúcar muy barato (21,1).

Hay también abundancia de animales comestibles: ocas, ánades y gallinas tan grandes que maravillan (20,3; 26,2); gallos, cerdos (22,1; 23,4), y serpientes, "las mayores del mundo que se comen en cualquier banquete con gran fruición" (20,4).

Odorico describe detalladamente una especie de ocas, "blancas como la leche, con un hueso sobre la cabeza grande como un huevo de color de la sangre y la piel que cae bajo la garganta", el *anser cycnooides* de los naturalistas (20,3) y gallinas "blancas como la nieve que no tienen plumas sino solamente lana como las ovejas", el *gallus lanatus* de Linneo (22,1).

Se debe añadir "una gran abundancia de mercancías de todo tipo" (25,6). El cronista recuerda la seda y "los trabajos de algodón" (24,2).

Todos estos bienes son objeto de un intenso comercio interno y externo (23,8), facilitado por una flota "realmente admirable" (24,1), la mayor del mundo (25,4), dotada de "tantos y tan grandes navíos que a otros les parecería increíble" (20,1), "pintados de yeso" (25,4). No se especifican detalles de este comercio y sólo se recuerdan en general "los mercaderes que recorren la región" (23,1).

No hubiera sido posible el florecer de estas actividades sin una segura estabilidad social garantizada por un fuerte y numeroso ejército "que recibe todas las cosas que necesita" (26,11) y una hábil administración. El imperio estaba dividido en 12 partes, cada una organizada en doce circunscripciones (26,12). Un sistema de comunicaciones que utilizaba mensajeros a caballo y de a pie permitía al gran khan "estar informado en breve tiempo de todo lo que ocurría en su imperio" (27,12). Entre los elementos positivos Fray Odorico presenta el uso del papel moneda (30,2) y los hospedajes que existen en todas partes "para subvenir a las necesidades de los viajeros" (26,12).

Todo esto, aún importante, no hubiera sido suficiente. El motivo más fuerte de admiración es el pueblo mismo. "Todos los hombres son artífices y mercaderes y, si caen en pobreza, saben siempre ayudarse de tal manera con sus manos que no sufren jamás indigencia" (19,2). Con estas palabras el misionero ha hecho el más alto elogio del espíritu emprendedor y de labiosidad de los chinos.

En contraste con esta actitud general hay casos, muy raros, de afeminados que viven entre excesos de placeres y de comodidades. “Para ellos es signo de nobleza tener las uñas largas” (34,1-2). Por el contrario “se considera gran belleza que las mujeres tengan pies pequeños, por lo que las madres acostumbraban atar los pies de sus niñas de tal manera que no crezcan” (34,2). Odorico es el primero entre todos los viajeros que lo precedieron, incluyendo al mismo Marco Polo, que relata estos detalles. Informa también que las mujeres casadas llevan sobre la cabeza un tocado especial para que se reconozca que están casadas (22,2; 26,4).

La familia es el elemento base de la sociedad: 10-12 familias hacen un “fuego” y 10.000 fuegos un “tuman”, término mogol que significa “diez mil”. Cada “fuego” está bajo la responsabilidad de un jefe que debía informar a un oficial administrativo sobre la situación de las personas y del trabajo que cumplían (23,2).

Es evidente la simpatía y la actitud positiva con que Odorico describe estas costumbres como también la pesca por medio de los cormoranes atados a una pértiga con aros en el cuello para impedir que traguen la presa (22,3).

No escapan tampoco acotaciones sobre el aspecto externo de los chinos: “Los hombres tienen un cuerpo muy bello, aunque son pálidos y una barba larga y rala como la de los gatos. Las mujeres se cuentan entre las más bellas del mundo” (19,1).

Un último elemento, igualmente de carácter externo, se relaciona con las clásicas inundaciones del Huang-ho (Río Amarillo), “que producen muchos daños como sucede con el Po cuando pasa por Ferrara” (25,6).

Después de China la zona más ampliamente descripta es la del Cercano Oriente: Armenia, Persia, Mesopotamia (cap. 1-7). Afloran en el viajero recuerdos de carácter histórico, religioso y profano: el arca de Noé, la torre de Babel, Job, los reyes magos, San Atanasio, persas y medos, Alejandro Magno y los romanos, la conquista musulmana.

No obstante las muchas devastaciones de los tártaros (4,1; 7,2) quedan todavía ciudades “grandes y nobles” (3,1: Tabriz), “de aspecto real y esplendor” (4,1: Cascian), “con grandes mura-

llas" (5,2: Persepolis; 7,3: Ormuz).

La tierra es fértil y rica en "víveres de todo género" (1,4; 6,1), "carnes" (1,4), dátiles (7,2), uva e higos (5,1), "gran cantidad de sal" (3,3), "bellísimos pastos para animales" (6,1).

No asombra que con la presencia de tantos bienes se realicen en Trebisonda tráficos comerciales "casi con todo el mundo" (3,1) y en Ormuz "muchos grandes tratos comerciales de mercaderías" (7,3).

En los capítulos dedicados a la India el paisaje cambia. Aparecen animales de diversas especies: leopardos, monos, lechuzas, gatos, perros (7,6), serpientes y cocodrilos (9,2). Una atención especial merece la pimienta de la costa del Malabar descrita en un capítulo entero, el enebro (10,1).

También en Ceylán abundan las perlas y especies diversas de animales (17,1).

La isla de Sumatra presenta un neto contraste entre costumbres muy primitivas de canibalismo y de promiscuidad y gran abundancia de oro, aloe, alcanfor, arroz y granos. Por eso llegan allí "mercaderes de tierras muy lejanas" (12,3).

Java es la mejor de todas las islas de la zona por "sus muchas especias preciosas" (canela, pimienta, nuez moscada, alcanfor), por el poder de sus ejércitos y el esplendor del palacio del rey que puede competir con el del Khan de Catay que inútilmente tentó subyugar la isla.

En otras islas, no bien identificadas, entre las millares del sudeste asiático, Odorico destaca plantas que producen venenos, melaza y otras que sirven para la preparación del sagrí (14, 1-2) y la utilización de piedras preciosas con finalidades mágicas (14 3-5).

El último país visitado antes de entrar a China fue Zampa en la costa de Annam, sede de un reino antiguo y glorioso que perduró hasta el siglo XV. El rey que lo gobernaba a comienzos de la tercera década del siglo XIV, tenía un gran número de esposas y unos doscientos entre hijos e hijas, 14.000 elefantes y grandes posesiones (15,2).

En el viaje de vuelta, el capítulo más importante es el dedicado al Tibet. Odorico es el primer occidental que los visita y no hay motivos válidos para poner en duda su testimonio. Los datos esenciales que él transmite han sido confirmados por los exploradores que lo siguieron. Ellos son: los confines con la India, el uso de tiendas como habitación, la capital real con muros

blancos y negros y calles empedradas, el respeto por los animales, los adornos especiales de las mujeres, la necrofagia, la sumisión al Khan de China y el poder de un jefe que se parece al Papa (33, 1-4).

ASIA RELIGIOSA

Todas estas noticias de carácter político, económico y social interesan a Fray Odorico porque son el marco necesario en que se inserta la acción suya y la de sus compañeros. El no era un mercadante, ni un explorador sino un misionero. Su propósito, como afirma explícitamente, era “llegar a tierras de infieles con el objeto de rescatar algunas almas” (1,1). En su viaje a través de Armenia y Persia le interesan sobre todo los lugares sagrados: la tumba de S. Atanasio (1,3), la montaña sobre la cual se encuentra el arca de Noé (2,1), la ciudad de los Reyes Magos (4,1), el país de Job (6,1), la torre de Babel (7,1), la Iglesia y la tumba de Santo Tomás en la India (10,6) y, en Ceilán, “el monte donde *dicen* que Adán lloró durante 100 años la muerte de su hijo” (17,1). El capítulo más largo y más prolífico de sus memorias es el dedicado al martirio de cuatro misioneros franciscanos en Tana, una isla frente a Bombay, en 1321 (8,1-25).

Toma nota de la presencia de sarracenos en Persia (1,4; 3,2; 5,1; 7,5) y en la India (8,5), de judíos en el Malabar (9,2), de cristianos “de diversa extracción” en Persia (3,4), de nestorianos en la India (8,1; 10,6).

Las relaciones entre los adeptos de estas religiones no son amistosas. Los sarracenos martirizan a cuatro franciscanos y crean dificultades a los cristianos en Persia (5,1). En el Malabar existe una enemistad constante entre judíos y cristianos (9,1). Los nestorianos son calificados por Odorico como “heréticos llenos de maldad” (10,6). Sin embargo cuando los cuatro franciscanos llegaron a Tana en 1321, lograron hospitalidad en casa de un nestoriano y, después del asesinato de los cuatro frailes, el sultán de Delhi ordenó la muerte del gobernador de Tana porque había dado un permiso para aquella ejecución (8,20).

Más numerosas son las acotaciones acerca de los idólatras, término con que Odorico designa a todos los que no pertenecen al cristianismo, al judaísmo, o al islamismo, y que encuentra sobre todo en la India y en el sureste asiático. Algunas costumbres le causan asombro e indignación. Adoran al fuego, árboles y

animales, especialmente el buey y las serpientes (7,4; 10,2; 16,1), veneran ídolos enormes y terríficos (10,3; 11,1), practican sacrificios humanos (10,3; 11,4) y penitencias espantosas (11, 2-3), queman a la mujer cuando muere el marido (10,4; 15,4). En Sumatra rige el canibalismo (12, 1-2) y, en el Tibet, la necrofagia (33,3).

El misionero llama estas costumbres “absurda” (33,4), “abominables” (10,3), “pésimas” (10,4), e intenta, inútilmente, corregirlas (18,2). No obstante, reconoce que hay también “muchas cosas buenas” (12,3) y “admirables” (10,5); describe con entusiasmo las peregrinaciones que se hacen en la India a los lugares sagrados “de la misma manera que los cristianos a San Pedro” (11,1) y las fiestas religiosas que se desarrollan con cantos y músicas “maravillosas” (11,4). Habla con respeto de los tibetanos que “no esparcen sangre de ningún hombre o animal” y de su jefe religioso que “da y distribuye a los demás todos los beneficios que recibe” (33,1).

El panorama religioso de China se presenta muy parecido al que hasta ahora hemos visto.

También allí Odorico encuentra a los sarracenos los que le dan informaciones sobre el país (19,1; 23,2; 26,8). Algunos sarracenos lo “reverencian mucho considerándolo un hombre santo” porque había logrado superar los peligros de los desiertos de Asia Central (27,4). Un médico sarraceno se encuentra entre los 409 que cuidan la salud del gran khan (26,8).

Sólo una vez se habla de los nestorianos aclarando que poseen tres iglesias en Iamsai (25,1). Más amplias son las informaciones sobre los idólatras que predominan en muchas ciudades (20,1; 23,1) y en la corte imperial (26,8). El misionero visita en Zaitón un gran monasterio “donde había por lo menos tres mil religiosos y once mil ídolos” y describe un sacrificio ritual en que, parte de las ofrendas, son entregadas al ídolo y parte comidas por los asistentes (21,2).

En Camsai un “religioso” lo invita a asistir a la ceremonia de la comida ritual distribuida a algunos animales en que viven “almas de hombres nobles”, con una clara referencia a la doctrina de la transmigración (23,5-7).

Lógicamente la atracción mayor están concentrada en la actividad de los franciscanos. En Zaitón ellos poseen dos monasterios y allí Odorico da honorable sepultura a los huesos de los cuatro mártires de Tana que él había recogido y llevado consigo

a lo largo de todo el viaje por el sudeste asiático (8,22; 21,1).

Otros monasterios se encuentran en Camsai (23,1), en Iamsai (25,1) y sobre todo en Khanbaliq. Allí los frailes tienen “un puesto reservado en la corte y deben acudir para dar al rey su bendición” (26,8). En el último capítulo se describe, con muchos detalles, como el Gran Khan reverenció a la cruz y fue incensado y bendecido por un obispo franciscano, estando presente el mismo Odorico (38,1-5).

Sobre la comunidad cristiana y la acción específicamente misionera nada se dice. Esta es otra prueba del carácter fragmentario de las memorias que comentamos. Sólo se aclara que entre los médicos encargados de custodiar a la persona del rey se contaban 8 cristianos (26,8) y que dos frailes tenían el poder de expulsar con facilidad a los demonios del cuerpo de los obesos. Los que eran liberados se hacían bautizar inmediatamente, mientras que los Frailes “tomaban sus ídolos de fieltro y los arrojaban al fuego” (36,1).

No obstante sus muchas lagunas, el cronista no omite la referencia a dos hechos que conmovieron profundamente la conciencia religiosa de Europa durante la Edad Media: el reino del preste Juan y la historia del viejo de la montaña⁹.

Acerca del primero, por cuya tierra pasó, observa “que no es verdad sino la centésima parte de todo lo que se narra de él” (32,1). En cuanto al Viejo de la montaña, después de haber descrito ampliamente sus artes y su poder, hace hincapié sobre su fin, por obra de los tártaros, quienes “le arrebataron el reino, lo ataron y le hicieron sufrir mala muerte” (35,4). Se trata de la secta de los ismaelíes que tenían su cuartel general en Alamut, región montañosa al sur del Mar Caspio, cuyo jefe más importante fue denominado por los cronistas cristianos de las cruzadas con el apodo de “Viejo de la montaña”.

En el año 1256 el príncipe mogol Hulagn derrotó definitivamente a los ismaelíes e instauró en Persia un khanato favorable a los cristianos despertando en la cristiandad la esperanza de encontrar en él un aliado contra el poder de los musulmanes.

FASCINACION DE ASIA

La imagen de Asia que Odorico nos presenta es positiva y optimista. El continente asiático, sobre todo en sus dos zonas más importante, China y Persia, lo asombró y lo impactó por su inmensa extensión geográfica, su población, las riquezas materia-

les, el bienestar, el intenso comercio por tierra y por mar, los adelantos técnicos y administrativos, los ejércitos. En las comparaciones que establece con Europa, Asia siempre gana como un gigante inalcanzable e invencible. Existen aspectos negativos en el sureste asiático, especialmente en las islas más lejanas, pero siempre junto a otros "admirables".

No esconde su admiración y sus preferencias por los tártaros de China. Los "bárbaros" Yuan, después de la muerte de Kubilai, el célebre Khan de Marco Polo (1294), habían empezado un período de decadencia pero mantenían todavía, en la tercera década del siglo XIV, un firme control sobre todo el imperio. Ellos seguían garantizando seguridad para las vías caravanas de Asia Central, la apertura hacia Occidente, el intercambio entre los distintos países asiáticos de China a Persia, de la India a Rusia, del golfo Pérsico a Sumatra, Java, Champa (Vietnam).

Los tártaros, con su actitud sincretista, despertaron en el misionero la esperanza de una posible conversión al Cristianismo y de una alianza en la lucha contra el Islam. Habían detenido la expansión militar de los musulmanes (el fin del reino del Viejo de la montaña es sólo un episodio de esta lucha); habían asegurado plena libertad y ciertas formas de apoyo a la acción directamente evangelizadora; habían buscado el apoyo del Papa y de los príncipes cristianos.

Odorico se mueve con entusiasmo en este mundo y acepta los riesgos de un difícil regreso para lograr conseguir refuerzos de misioneros para el arzobispo de Pekín. Esta actitud se transfiere a sus memorias y es la misma que empapa las páginas de Marco Polo.

En la comparación, las memorias del viajero veneto ganan porque son más completas y mejor redactadas, con la colaboración de un letrado de profesión y en mejores condiciones. Reflejan, además, una experiencia más amplia y otra preparación, pero predomina, también allí, el asombro, la admiración y la esperanza de una alianza entre los tártaros y el Occidente. No sería difícil establecer un estricto paralelismo en muchos puntos incluyendo el Preste Juan, el Viejo de la montaña y la mayoría de las noticias sobre China, la India y Persia.

No obstante estas coincidencias los dos no fueron creídos. Marco Polo y Odorico deben constantemente asegurar la credibilidad de lo que relatan. Europa no quería reconocer la superiori-

dad asiática.

Los investigadores y exploradores de los últimos cien años han comprobado la verdad de muchas afirmaciones de carácter etnológico y cultural. Sobre la base de estudios serios y objetivos los sinólogos actuales afirman que “a fines del siglo XIII, China era superior a Europa no sólo por su extensión sino también por su cultura y tecnología”¹⁰. Ya poseía, entre otras cosas, el papel moneda, la brújula, la pólvora, la imprenta, los juegos de naipes, técnicas especiales para tejer y otros adelantos en la medicina. Es precisamente en los siglos XIII y XIV, como consecuencia del revuelo realizado por el “ciclón tártaro”, que estos inventos llegaron a Europa, muchas veces a través de la mediación de los árabes.

Todo esto nos hace volver con mayor confianza los textos de los viajeros de la Edad Media que ahora poseemos en ediciones críticas más exactas. Entre ellos se encuentra el friuliano fray Odorico de Pordenone.

Sus memorias son, desafortunadamente, demasiado fragmentarias debido a su enfermedad y falta de tiempo. Aún así son una fuente inestimable para el conocimiento de un continente que tiene hoy tantos puntos de contacto con la situación política y religiosa del siglo XIV y que no deja de asombrar por las mismas causas del pasado.¹¹

¹⁰ Sobre el Preste Juan y el Viejo de la montaña ver L. Olschki, *op. cit.*, pp. 357-391 (con amplia bibliografía).

¹¹ Fairbank-Reischauer-Craig, *East-Asia. Tradition and transformation*, Boston 1976, p. 174. Cfr. los volúmenes de J. Needham, *Science and Civilisation in China*, London 1955-79.

¹¹ Está en preparación, bajo los auspicios del Centro Cultural Argentino Friulano, la primera edición castellana de la relación de Odorico de Pordenone, mejor conocida bajo el título de *Viajes*. La traducción está a cargo de la Dra. Nilda Guglielmi de la Universidad de Buenos Aires sobre los textos críticos citados en la nota 1. Damos a continuación un anticipo eligiendo algunos pasajes de los últimos capítulos dedicados a China. Todas las citas del presente artículo están sacadas de la traducción de la Dra. Nilda Guglielmi.